

Testimonios

Experiencia de una hija

A daughter's experience

B. González del Amo Carpintero

Soy Belén, una niña ciega. Aunque ahora tengo 11 años, me han pedido que escriba cosas de cuando era pequeña. De algunas me acuerdo y de otras no, pero lo voy a intentar.

Yo, que recuerde, hasta los 6 años fui a la ONCE, a la llamada «atención temprana». Allí iba con la profesora de la ONCE, que también venía al colegio para ayudarme a mí y a los profesores. Además, iba con una psicóloga, con la que trabajaba, aunque a mí me parecía un juego. Ella era ciega y tenía una perra guía a la que yo, al principio, tenía mucho miedo, pero cuando pasó el tiempo se lo fui perdiendo. Al principio no me creía que fuese ciega, porque me parecía increíble todo lo que conseguía hacer sin ver, cómo se movía, como era su vida y yo pensaba que nunca iba a conseguir todo eso.

La parte que mejor recuerdo es el grupo que formaron con otros niños ciegos y deficientes visuales, donde nos reuníamos para jugar con profesoras de la ONCE. Siempre había un juego que elegíamos los niños y otro que elegían ellas. Lo pasábamos muy bien. El último día de curso del grupo se hacía una fiesta en la que cada uno llevaba algo de comer. En ese momento no lo valoraba y lo veía una rutina, pero ahora me da pena haberlo perdido y lo echo de menos. Creo que tuve mucha suerte, porque me han dicho que ya no hay grupo, y para mí fue una experiencia inolvidable.

En el colegio me sentía como una más. Notaba que era ciega pero no lo veía una dificultad a la hora de integrarme. Sin embargo, ahora voy siendo más mayor y me voy dando más cuenta de las dificultades.

De pequeña siempre estaba con alguien. Era más fácil hacerse amigos y la gente no notaba tanto mi ceguera a la hora de hacer algo. Al principio no entendía por qué tenía que venir un señor a enseñarme a manejar el bastón; no sabía para qué me iba a servir eso, porque todo el mundo me llevaba, pero ahora, al hacerme mayor, me doy cuenta de que es muy necesario. Cada día había un niño encargado de mí. En infantil no me daba cuenta, pero luego me fui sintiendo fatal. Cambiaron de estrategia, porque me sentía como un objeto, como si fuera una muñeca a la que manejaban. Al principio no sabía como ir a los sitios, pero me quedaba en la zona que conocía y, al final, conseguí aprender a moverme sola por el cole, porque lo necesitaba, y vi más la utilidad del bastón.

En el cole, cuando estaba en 2.º de Infantil, había una maestra que a mis amigos les gustaba, porque les dejaba más tiempo en el recreo. A mí no me parecía lo mismo, pero les decía que estaba de acuerdo para encajar más con ellos. Ahora de mayor, cuando tengo un caso parecido intento decirles lo que pienso, aunque a veces me resulta difícil.

Cuando empecé a leer, el braille me parecía imposible, pero cuando iba a la ONCE, iba con curiosidad de aprender letras nuevas para poder escribir lo que quería y luego practicarlos en el cole. Yo quería escribir, pero me parecía difícil. Cuando conseguía aprender alguna palabra me sentía muy contenta. Aprender braille con el número de los puntos era complicadísimo. Me resultaba más fácil cuando me ayudaban con comparaciones: la «m» es como la «u» pero cambiando un punto. Al principio me marcaron las teclas de la máquina para hacérmelo más fácil. Me quedé impresionada cuando me las quitaron, porque eso quería decir que ya había aprendido a escribir y me sentí orgullosa.

Me han contado que una vez mi profe me castigó porque había metido los pies en un charco, y la profe de la ONCE entendió que estuviera castigada, pero a la vez se puso muy contenta de que yo hubiera hecho una travesura como los demás, porque a veces, por ser ciega, no me dejaban hacer cosas que me gustaría hacer, como irme con mi hermana por el camino de piedras en lugar de ir con mi abuela por la acera.

Recuerdo una vez que, con mi tutora en Infantil, mis compañeros hicieron plástica y yo no pude. Cuando fui a la ONCE dije que quería hacer plástica y mi maestra de apoyo me ayudó. Lo que recuerdo es la rabia de pensar que yo también quería hacer lo mismo que los demás. Ahora, a veces, sigo sintiendo esa rabia, y lloro por ello, pero luego me

siento bien con otras cosas. Por ejemplo, de pequeña me daba igual la ropa que me ponía. Ahora me da mucha rabia no poder elegir como los demás. Siento que en lo que yo me baso para elegir no es lo que mira la gente y me hace sentir mal. Sin embargo, había veces que me dejaban tocar cosas que a los demás no. Me encantó cuando me llevaron a tocar los delfines, me sentí muy bien; otra vez, en Faunia, en una excursión del cole, fui de las pocas a las que le dejaron tocar a las focas; en las tiendas los dependientes también me dejan abrir los juguetes y probarlos. Ahora me dejan llevar el ordenador al cole, y me encanta, porque tengo todos mis trabajos ahí, no necesito tanto papel, y a mis compañeros y a mis profesores les resulta más fácil. Creo que me va a ayudar a relacionarme con mis compañeros y a estar en igualdad de condiciones. Me hubiera gustado aprenderlo mucho antes, ¡ojalá los niños pequeños puedan!

Lo que más odiaba era cuando todo el mundo me miraba y cuando me hacían adivinar quién era el que me saludaba. Ahora, a veces lo veo como una broma, pero cuando me lo hace un profesor me parece que lo hace como si yo fuera una atracción de circo. A veces la gente quiere que les distinga por algo, me tocan de una manera especial o algo. Cuando era pequeña, no me importaba tanto, pero a medida que me voy haciendo mayor, me da más rabia. Lo peor es cuando, además, juegan a cambiar su voz y tengo que adivinar quién es. Me da una rabia enorme. Cuando me intentan engañar me siento muy mal. Por ejemplo, a veces me dan aire con un abanico y me dicen que la ventana está abierta. Eso lo odio, porque no sé qué es lo que pretenden.

En las actuaciones del cole lo pasaba bien y me gustaba participar, pero a veces lo he pasado mal. Cuando mis compañeros me señalan por algo que yo no veo, por ejemplo, un grano que me sale, me angustio, porque ellos saben lo que es un grano, pero yo no sé cómo se ve desde el escenario. A veces la profe me hacía salir a actuar sola, como si fuese una atracción de feria, y me suponía tanto esfuerzo que me entraba la angustia y me ponía a llorar. Lo que yo quería era hacerlo con mis compañeros, como siempre.

Cuando puedo hacer algo con mis compañeros y no me dejan o me lo fastidian porque el profe me quiere exhibir, me siento muy mal. Una vez que iba a buscar una cosa con mis amigas, un profesor les dijo que cómo se les ocurría llevarme con ellas a buscar algo, y me obligaron a sentarme y no ir con ellas. No fui capaz de contestarle, pero me dieron ganas de gritarle que yo no iba con mis amigas para buscar algo con mis ojos, sino porque éramos un equipo y las ideas de unas y de otra podían ayudar.

De hecho, había sido yo la que les había dado la pista de por dónde buscar, porque la que lo había perdido no recordaba el último sitio donde había estado y yo la ayudé a recordarlo. En un equipo no importa cómo sea cada uno, lo importante es que aporte cosas al equipo y todo el mundo pueda hacer algo.

Tengo una hermana mayor que yo. Creo que al principio tenía un poco de envidia, porque pensaba que mis padres estaban más pendientes de mí, y a lo mejor llegó a pensar en algún momento que me querían más. Con la edad, yo les he ido diciendo que quería hacer cosas sola, que quería estar sola a veces, y eso les ha ido haciendo ver que tenían que estar pendientes de las dos por igual, y eso le ha hecho a mi hermana sentirse mejor. Ahora le pregunto a mi hermana si le parece que yo estoy mimada, y dice que no. Me parece que hablando nos hemos entendido. Siempre que he necesitado algo y mis padres no han estado, ha sido ella la que ha estado ahí. A mí me gustaría ayudarla tanto como ella me ha ayudado a mí, aunque pienso que no puedo ayudarla tanto, y cuando lo hago me siento genial. A veces la gente piensa que necesito más ayuda de la que realmente necesito. Por ejemplo, mi hermana venía a buscarme a clase y a veces lo que hacía era separarme de la amiga con la que estaba. Sé que lo hacía con toda su buena intención, pero a mí me molestaba que me separara de mi amiga. Los días que ella no podría venir, tenía que aprender a bajar sola, y eso le hizo darse cuenta de que lo podía hacer. A veces la gente te quiere ayudar y es difícil decirle que no lo necesitas, porque ellos lo hacen con buena voluntad, pero demasiada ayuda no te deja crecer.

Recuerdo que en las fiestas de Nochebuena siempre me trataban como una más y me hacían sentir cómoda. Lo que yo pienso es que a un niño ciego hay que tratarle como uno más en su familia, porque así es como él se va a sentir a gusto. A veces ahora pienso que me encanta que mi hermana me haga de rabiar, en el sentido de que me trata como una más, que no me trata como a un «bicho raro». Me dejan hacer mi vida, no me dan todo hecho. A veces es difícil, pero prefiero que me traten como una más.

A veces, hay gente que me hace sentir que, por unos ojos que no funcionan, no valgo nada, y creo que es mentira, que uno vale por lo que es y no por lo que no funciona.

Pienso que la ceguera no limita tanto como la falta de apoyo de las personas que no creen en ti o que ven todo demasiado difícil.

Yo le diría a los padres que tengan un niño ciego que intenten tratarle como uno más, y que él se sienta a gusto en su familia y en donde esté, porque en la vida va a tener dificultades y, si en su familia se siente apoyado y tratado con normalidad, va a poder superar mejor esas dificultades.

Belén González del Amo Carpintero, 11 años (España)